Año V—Epoca II | La Plata, 2ª quincena de Octubre de 1922 | Núm. 84

Redacción y Administración: 14 N. 1227
LA PLATA

IDEAS

Suscripción mensual 0.20
Número suelto. . . 0.10

Publicación Quincenal | Editada por la Agrupación del mismo nombre | Administrador: Risto Stoianovich

Iniciativa de bulto

Sí que es de bulto o de bulto y medio la iniciativa que hoy pasamos a hacer pública. Es una de aquellas iniciativas cuyo enunciado las torna simpáticas de inmediato. La echó al aire un compañero de nuestra Agrupación, como se echa una grácil pluma para que la coja un niño; la cazó otro, sin más ni más, como se caza una mosca; otro se precipitó a admirarla como a un mágico meteoro; otro le dedicó una expresiva sonrisa como a una gentil muchacha, y todos la aclamamos al unísono como a un nacer de sol. Y no era para menos; se trataba de algo novedoso, risueño y augural como una primavera. Se trataba de abrir el corazón a una promesa de armonía virtual. Se trataba—y esta es la iniciativa que aclamamos—de hacer aquí en La Plata una velada a beneficio de la prensa anarquista. Será una velada grande, por sus proyecciones morales, aunque nada para ninguno signifique en cuanto a resultados materiales; pero, de cualquier modo, será un veladón o un velatazo al que esperamos contribuirán con sus simpatias «La Protesta», «La Antorcha», «El Pueblo», «Tribuna Libertaria», «La Pampa Libre», «Nuestra Tribuna» y cuantos periódicos anarquistas derecho viejo, sepan acojer con los viriles brazos bien abiertos, el espíritu alto, amplio, fraterno y generoso que ha inspirado y que informa esta iniciativa.

La fecha... ya veremos. Será para Diciembre o para Enero del entrante año. Vamos a ver de qué salón dispondremos, quién nos trabajará un drama o una comedia, quién nos espetará un discurso cordial, digno de este acto y los demás etcéteras que sean necesarios para su surgimiento y su culminación más acabada.

Por Ricardo Flores Magón y Librado Rivera

Ya sabéis, compañeros, por estas mismas páginas y por las de «La Antorcha» de Buenos Aires, con cuánta saña, estúpida y feroz, el gobierno norteamericano ha perseguido a estos dos camaradas. Ya sabéis además que Flores Magón está a punto de perder la vista si continúa en la cárcel. Sabéis, por otra parte, que aquél gobierno exige para ponerlo en libertad, una fianza de cinco mil dólares. Sabéis, en fin, todo lo que es preciso saber para contribuir a la salvación de nuestros compañeros. No olvidéis, pues, que es con mano de oro como hemos de llamar al corazón de la justicia yanqui, y aprestaos a ser de los que forjen esa mano que abre las puertas de todas las prisiones.

He aquí ahora una lista iniciada por nosotros y que los compañeros Lucas Martinez y José Irosky hicieran circular en las vecinas localidades de Berisso y Ensenada, lista que damos a publicidad para satisfacción de los que la suscribieron.

Agrupación «Ideas» 5.00, F. del Intento 1.00, J. Irosky 1.00, Graiver Salomón 1.00, Rodolfo P. Iturrieta 1.00, Angel Pucci 0.40, Mari 0.20, Un pobre 0.20, Pollo Milales 0.10, N. N. 1.00, Manuel Porras 0.25, H. J. Senet 0.50' Antonio Galisia 0.30, José Lipena 0.20, Pasi Albione 0.50, J. J. 1.00, Lucas Martinez 5.00, Eftimio Eudokuimo 1.50, Rafael Alhadeff 3.00, Ponce 0.50, José A. Gomez 1.00, Celestino Borroni 1.00, Sadik Fesula 1.00, Tagliabue 1.00, Bautista Laserre 0.50, Eduardo de Juana 1.00, José Cosalini 0.50, Ildefonso Abasolo 0.20, Francisco Vasquez 0.50, José Tato 0·50, J. Costa 0.30, Alfredo Poce 0.50, N. N. 0.50, José Moliner 0.50, Pedro Purero 1.00, B. C. 1.00, Juan M. 0.50, N. N. 0.50, N. N. 0.20, N. N. 0.10, M. Gotelli 0 30, Luis Vilar 0.30, Prette 0.50, J. Menendez 0.60, Juan Rovitsky 1.00, Z. Gregorio 0.30, F. Balsis 0.50, J. Sh 0.50, E. Podgarny 0.50, M. Eyngull 0.30. Total $ 40.75, más 1 dólar enviado de San Martin por el compañero Manuel Fittas.

Todo esto lo hemos entregado a «La Antorcha». Los que deseen hacer donaciones, pueden dirigirse a nosotros o al semanario mencionado.

¿Qué deseamos conservar, si no logramos conservar nuestros huesos? Entreguémonos. Es el mejor medio de perdurar.

RAFAEL BARRETT.

NUESTRO EDITORIAL

La canción augural

Aquí estamos de vuelta nuevamente. Venimos de las regiones de la luz, adonde jamás llega aliento humano, ni nunca alcanza el humo de las fábricas. Venimos del profundo espacio azul donde día tras día se consuman las proliferaciones de los gérmenes, a anunciar a los buenos y a los malos que la suprema hora de la gran redención está a las puertas.

Somos la anunciación del caos próximo que va a parir la estrella refulgente del verdadero amor fecundatriz. Somos el eternal dolor humano, amasado a través de los milenios, que viene como un lobo hirsuto y magro, trágico de venganza, loco de hambre, a gritarle, tremante, a los que sufren y a los que gozan: «¡Preparaos, que el instante llegó de rendir cuentas!» Somos pues el albor de la justicia inmanente, inceñible, que se va a hacer oir, ver y palpar, de los más peores sordos, de los ciegos más peores o más ciegos, y de las puras manos más liliales.

¡Oh, señor propietario de las tierras! Ya no podrás decir como hasta ahora: «éstas rubias cosechas que he alzado me pertenecen»... porque tu voz, tu orgullo, tu vida entera de eterno gozador serán ahogadas en el airado lago de amargas lágrimas que tus explotaciones produjeron.

¡Oh, dueño de la fábrica o la mina! Ya no podrás, sonriente y satisfecho, exclamar como ayer: «éste acero potente que he bruñido, ésta máquina esbelta que he montado, ésta montaña de hulla que he arrancado de los profundos senos, son muy míos»... porque en tu necio pecho de soberbio, en tu garganta de entonado déspota, en tu redondo abdomen que insolente se muestra ante tus víctimas, se clavarán las afiladas garras de los desesperados que laboraron con su gran desgracia tu gran felicidad de cerdo máximo.

¡Oh, potentados jefes de naciones! Ya no precipitaréis unos contra otros a los pueblos armados, para que labren con su propia ruina vuestra propia riqueza y poderío... porque en el mar de sangre, insondable, rugiente y sin orillas, que vuestras insaciables ambiciones hicieron derramar siglo tras siglo, seréis hundidos definitivamente.

¡Oh, pícaros taumaturgos de lo abstracto, de femenina piel y manos pálidas, que haciendo cruces en el aire infecto de inciensos y benjuíes, dominasteis el mundo y explotasteis los cuerpos y las almas! Ya vuestras manos de ociosos sempiternos, dejarán de absolver a los que pagan y de atraer las iras de una divinidad jamás posible, sobre las torpes testas de los pobres de espíritu y dinero... Ya vuestras bocas terminarán de mascullar en un idioma muerto, los rezos fementidos y las sentencias duras y fulmíneas con que se acoquina a los ignaros... Ya, en fin, vuestras miradas acabarán de alzarse, mendicantes, hacia los techos artesonados de vuestros templos, de vuestras mezquitas o vuestras sinagogas... porque los brazos serán hachados por las iras de los amanecidos a la luz, porque las bocas serán quemadas por las lágrimas de los desengañados, convertidas en vitriolos, porque los ojos serán cegados por el fulgor de las hogueras en que arderán vuestros iconos, y vuestros corazones se paralizarán, atravesados por las vibrantes astillas de vuestros altares destruidos.

¡Oh, victimarios todos, sin piedad, sin amor, sin más virtudes que las del despotismo y la mentira! Ya la hora caótica y sombría de la gran redención está a las puertas.

Somos las avanzadas de esa hora que después de circuir el universo, tal cual ciertos cometas, vuelve de siglo en siglo para aventar la escoria amontonada, purificar los aires rarefactos y sembrar la semilla fraganciosa de otras constelaciones más felices. Somos la roja sangre remozada en los profundos senos subversivos del ansia de justicia popular, que ha regarnos venimos sobre la tierra exhauta de pasiones viriles y fecundas. Somos el fluido de la nueva época, latente en los espacios del dolor, que precipitará sus cataratas sobre el tétrico abismo donde baila su zarabanda trágica, frente a la placidez voluminosa de la idiota alegría de los vientres, la macabra legión de la miseria que ulula largamente, como un pinar bajo el furioso azote de los vientos. Somos el alma de la revolución.

Machacadnos los rostros alumbrados por una luz de auroras. Aplastadnos las frentes donde vibra la chispa de la idea que incendiará las sillas y los tronos. Alzad en la tierra entera, para nuestras gargantas, los secos árboles de las horcas. Fusiladnos en todas las inmensas patagonias, al pie de todos los cerros, bajo todas las frondas de las selvas, sobre todas las pampas, y en las calles de todas las ciudades... ¡Nada por eso alcanzaréis! ¡Nada conjuraréis! ¡Ninguna tormenta habréis conseguido disipar!

Somos la anunciación del caos próximo que va a parir la refulgente estrella del mundo redimido. Somos las avanzadas de esa hora que los hechos actuales campanean. Somos el alma de la revolución. Y toda la sangre que continuéis vertiendo, no hará más que ir a rebotar tarde o temprano, sobre vuestras cabezas de bandidos.

Así, por sus innúmeras bocas, clama, impreca, amenaza minuto tras minuto, el desolado espíritu de la época, hambriento de pan y sediento de justicia.

Hojas sueltas

De los difuntos.—No todos los cadáveres están en el cementerio: muchos circulan insepultos fingiendo una vida que han perdido. El hedor de sus pensamientos, la frialdad moral de sus palabras, os dirán cuáles son los que pasean en el mundo un corazón muerto.

De los caseros.—Establezcamos la diferencia que existe entre el ratero que nos acomete al volver la esquina y el casero que nos asalta al abrir la puerta.

El primero lo hace en la calle y en medio de la noche; el segundo en nuestra propia casa y en medio del día. El uno se arroja sobre nosotros con un puñal o con una pistola en la mano; el otro nos estrecha poniéndonos una ley al pecho.

El hecho viene a ser el mismo; la única diferencia está en el arma.

De los maestros.—¿Por qué examinamos con tanto empeño la salud de la nodriza que ha de amamantar a nuestros hijos, y apenas si averiguamos quién es, qué piensa, qué sabe el hombre que ha de amamantar su entendimiento?

De los Pilatos.—Todo comerciante, después de contar una a una las monedas que forman la ganancia del día, se lava las manos.

De la regla general.—Veis que un hombre pierde el equilibrio y cae; lo veis y seguís vuestro camino. Si no lleváis mucha prisa, os esperaréis a ver cómo lo recobra.

Pero no es un hombre el que cae, es un bolsillo que se rompe como una nube, derramando sobre las baldosas una lluvia de monedas, que saltan sobre el empedrado como si estuvieran vivas. El primer impulso que sentimos todos es el de bajarnos y cogerlas.

Para que una moneda permanezca en el suelo es preciso que nadie la vea. Esta es la única regla general que no tiene excepción.

Un hombre, una mujer, un niño, pueden permanecer mucho tiempo, una noche entera, tendidos en un portal, en medio de la calle o al pie de una esquina, sin que nadie los recoja.

Hay familias que no tienen albergue, hay personas que no tienen camisa, ¿pero hay alguna moneda que no tenga bolsillo?

De la sindicalización.—Observad bien en qué género de agrupaciones se va convirtiendo la masa humana. Todo son sociedades de crédito, compañías comerciales, industriales, mercantiles; hombres unidos por los vínculos del negocio.

Con el tiempo será imposible ser ciudadano sin ser socio. La asociación acabará con la sociedad.

De la higiene.—No podemos desconocer que vivimos en una sociedad admirablemente limpia. A todo se le va las manos,

JOSÉ SELGAS.

De nuestro congreso

Contrariamente a lo que algunos sostienen de que nada se hizo en el congreso,—y seguramente porque en él no se sancionó ni se oficializó nada, ni se trazó la pauta a seguir en la propaganda,—cúmplenos manifestar, como actores que fuimos, que este hizo mucho, o por lo menos, cuanto de un congreso anarquista podía esperarse.

Esa actitud precisamente de no sancionar, no oficializar ni marcar normas de conducta, constituiría por si sola, aunque todo lo demás hubieran sido divagaciones, un éxito para el congreso. Es esta una actitud anarquista, y los que esperaban otra, es evidente que incurrieron en error.

Dar sanción, aunque no se proceda por votaciones de mayorías, y sí solo por unanimidad, supuesto el caso de que todas, completamente todas las opiniones pudieran coincidir sobre un mismo punto, implica hacer ley, y huelga la ley cuando todos están de antemano acordes y en armonía con lo que se legaliza Empeñarse, pese a eso, en hacer la ley, es caer en un formulismo inócuo.

El espíritu de la ley ha sido, és y será siempre el de someter a ella a los que con ella se encuentran en desacuerdo, de donde se induce que existiendo el acuerdo unánime, la ley sobra. Así pues, cuando la ley no constituye el medio de dar validez a un principio de autoridad, resulta un las-

tre inútil o un estorbo y un peligro.

Las opiniones y los temperamentos, como todo lo que lleva en sí un impulso vital, son pasibles de contínuos cambios. Los mismos que en un momento estuvieron unánimes, pueden, en el momento inmediatamente después, encontrarse en desacuerdo, quedando así una cantidad de individuos al margen de la ley, contra los cuales será necesario ejercer el principio de autoridad, si la ley se quiere hacer valer; y he aquí que es la ley un arma que se vuelve contra el mismo que la maneja. Hacer doctrina de la libertad y dar luego sanciones, resulta por demás contradictorio. De otro modo, para poder atender a los cambios de cada momento, sería necesario abandonar toda otra ocupación, y declararse en congreso o en asamblea permanente, y, llegado a esto, huelga todo comentario.

En cuanto a las oficializaciones, tanto de cuerpos ya creados como de los que ex profeso se crearan, baste considerar que oficializar significa establecer jerarquías, colocar en una situación subalterna a aquellos otros cuerpos no oficializados, con lo cual se les deprime y se les humilla.

De lo de marcar normas o señalar el camino a seguir, podemos decir otro tanto que de las sanciones. Ello implica hacer tribunales, y los tribunales sobran, cuando su objeto no es el de ejercer el principio de autoridad.

La actitud anotada, que es el hecho con que se inició el congreso, es un acto neto y definido de afirmación anarquista, y como dijimos, él por si solo se basta a garantir por el éxito del congreso, pero, en homenaje a la verdad, hemos de decir que el resto no desmereció de la iniciación.

Se debatieron todos los puntos sin animosidad y con altura, y aun cuando perduraron los diversos puntos de vista, se aclararon los conceptos de unos y de otros, con lo cual todos salimos ganando, además de alcanzar un mayor acercamiento. Y son dos virtudes más de este congreso: esclarecer y acercar, que no son poca cosa por cierto, ni pueden hacerse por pacto, por contrato o por ley.

Otra virtud és, la de que no habiéndose cerrado los debates con resoluciones definitivas, cada cual se lleva consigo la discusión y ésta se seguirá fuera de allí, haciéndose a la vez más extensa y constante, con lo cual, esclarecimiento y acercamiento, progresarán constantemente, y será así, a fuerza de no querer supeditarnos los unos a los otros, como podremos llegar a verdaderos acuerdos.

Y el mayor éxito consiste en que en el preciso momento que muchos esperaban una catástrofe, creyendo ver ya el local del congreso convertido en plaza de toros con vísceras y todo desparramadas por el suelo, fué cuando más elevado y dominante se reveló el espíritu de camaradería y de cordialidad. La sinceridad y los buenos propósitos no se expresaron allí sólo, por palabras. Tenían éstas un valor más subjetivo que objetivo. Una honda emoción embargó los corazones, hizo de todos un solo gran corazón latiendo al compás de un mismo anhelo, subieron lágrimas a los ojos y confesamos todos:

—¡Esta reunión nos ha saturado de bondad!

Un canto rebelde—«Hijos del pueblo»,—coronó este triunfo y... ¿qué más se le podía exigir a nuestro congreso? No solo se hizo razones, sino que movió los más íntimos y complejos resortes del corazón. ¿Qué más se le podía exigir, pues?

Aun aceptando que se pudiera haber hecho más, tenemos la convicción de haber sentado, con la actitud de no legislar, ni oficializar, ni juzgar, un magnífico precedente.

Correspondencia privada

De una carta particular que recibimos de Norte América, reproducimos los datos siguientes:

«...El ministro de justicia de los E. U., Mr. Daugberty, acaba de poner en vigencia una ley, por la que piensa aplastar la huelga ferroviaria que estalló el 1º de agosto ppdo. El gobierno se vió obligado a promulgar esa ley, por los enormes perjuicios causados al país por dicha huelga. Solo en la California, se han perdido 75.000.000 de frutas y legumbres, hecho elocuente, del que ni una palabra dijo la prensa prostituida; pero viéronse obligados a hacerlo público para explicar el objeto de la ley.

«...En México, el 15 de Agosto, se iba a decretar por la clase trabajadora, el «boicot» a las mercaderías americanas, como protesta por la prisión de Librado Rivera y de Ricardo Flores Magón, boicot que teniendo en cuenta el gran prestigio de nuestros presos y el entusiasmo del pueblo obrero mexicano, promete alcanzar grandes proporciones; y el triunfo no podría ser mayor, si en la Argentina y demás países sudamericanos apoyaran, los sindicatos de vanguardia, dicho movimiento hasta hacer reflexionar a la plutocracia yanqui y obligarla a soltar su presa... Salud y Anarquía a los compañeros y compañeras de la Argentina. Nueva York, Septiembre 1922».

Adjunto a esta carta viene además un recorte de «El Demócrata», diario de la mañana que se publica en México, del cual recorte extraemos el el siguiente párrafo calificador del espíritu bárbaro con que ha sido aplicada la condena que hundió en la cárcel a nuestros compañeros Ricardo Flores Magón y Librado Rivera: «Con una saña digna de los más empedernidos criminales, la ley, esa ley yankee del país de la libertad, que se enseñorea con más fuerza y con más dominio que la tiranía misma, acumuló sobre sus espaldas de apóstoles de un pensamiento revolucionario, todo el peso de sus rigores y todo el rigor de su severidad», etc, etc. Y este llamado a la solidaridad de cuantos usan la acerada pluma como una buena espada de combate: «Hagamos que las prensas del mundo, giman por el dolor de los castigados por combatir lo que ellos consideraron una opresión y una tiranía, o por todo aquello que los llevó más allá de las fronteras de lo permitido por el estrechísimo marco de los prejuicios legales americanos del Norte».

Nuestros actos

El domingo 15 del corriente tuvimos uno en la plaza Italia. Hablaron los compañeros Lunazzi, García Gimenez, un camarada de Chile que anda por estos pagos y J. Prince. El acto comenzó a las 16.30 y terminó a las 18 y pico. Hubo, como siempre, muy poca gente, cosa normal en esta ciudad de La Plata, amplia, aireada y universitaria, que se vuelca domingo tras domingo en los *hipódromos,* en las canchas de *football,* de *tennis* o de *pelota,* donde aprende a emocionarse brutalmente y a acarnerarse con fervor patriótico.

CRONISTA.

Papel impreso

Organización y Revolución.—Hemos recibido este folleto, cuyo autor es el conocido propagandista Ricardo Meila. Ha sido puesto en circulación por la Editorial «Lux», de Santiago de Chile, grupo de compañeros que como los de «Argonauta» de Buenos Aires, viene realizando ha tiempo en aquel país, una sencilla y eficaz obra de propaganda.

Mi palabra anarquista.—Es otro buen folleto para la difusión de nuestras ideas, escrito en estilo claro y conciso, por Manuel Marquez, publicado también por la Editorial «Lux» a que nos hemos referido más arriba. Vale como el anterior 0.40 ctos. Por pedidos, dirigirse a Luisa Soto. Correo 5. Casilla 6010. Santiago de Chile.

Nós e os outros...—Conferencia escrita y leída, por el Dr. Fabio Luz, viejo militante del anarquismo en el Brasil. Excelente conferencia ésta, que ha sido editada por la «Bibliotheca Social A INNOVADORA», Caixa postal 195, Lad. do Carmo, 3. São Paulo, Brasil.

A mes camarades.—Folleto número 15 de las publicaciones de «La Révolte» y «Temps Nouveaux», escrito por Juan Grave, con un añadido titulado «Vers la solution», por A. Sadier. Este folleto lleva la fecha 8 de Septiembre de 1922

Le Fanal.—Revista del Oriente libertario, correspondiente a Septiembre del año en curso. Hemos recibido el primer número de esta revista mensual que se publica en Alejandría (Egipto). Boite postale 1863.

Más allá de la política.—Volumen XII, segunda edición de la «Biblioteca Renovación Proletaria», por Aquilino Medina. Folleto de 20 páginas por el que se prueba que «el amor, la libertad y la equidad, empiezan más allá de la Política», Vale 25 céntimos. Por pedidos, dirigirse a San Pedro 27, Pueblonuevo del Terrible, Córdoba, España.

Organización y Revolución.—es otro folleto de propaganda, escrito por Federico Serrano V, y editado por el Departamento de Oficios Varios de la I. W. W, y por el Centro de Estudios Sociales «Alborada», de Santiago de Chile.

Inmoralidad del matrimonio.—Este conocido y excelente folleto de René Chaughi, ha sido vuelto a editar por la casa Zuccarelli, Estados Unidos 1399, Buenos Aires, al precio de 15 centavos.

Teatro.—En un elegante tomito de 100 páginas, de buen papel y bien impreso, los camaradas de «La Antorcha» de Buenos Aires, han editado las cuatro obras teatrales en un acto, de R. González Pacheco, tituladas «Las Víboras», «Magdalena», «Hijos del Pueblo» y «El Sembrador», al precio de 0.80 centavos el tomito.

Bien se ve, pues, por todo esto, que los anarquistas del mundo entero no pierden el tiempo y que, a juzgar por sus áctividades, las horas de las dictaduras burguesa y proletaria están contadas.

¿Dictadura?... ¡Ni en broma!

Así como suena. Cuando oigo rumorear la dictadura, allá por la cumbre del «progromismo» subversivo, entre las altas mentalidades de la «cátedra moderna», se me ocurre preguntar si están hablando en serio. Pero cuando esta tendencia se manifiesta en un obrero rústico, de los tantos que habemos en el terreno proletario, dedicados a las faenas pesadas del campo, del taller o de la mina, entonces me hace pensar un buen rato. No me sorprende muy mucho la concepción dictatorial en la mentalidad rudimentaria y especialmente del obrero «pajuerano», ajeno a los resúmenes «filosóficos» de los intrincados debates que se verifican en el campo de la «ideología» ciudadana. Esta concepción dictatorial, fatalmente hecha carne en la psicología del proletariado labriego, es el fiel reflejo de una acepción rutinaria de la lucha de clases, basada en una revisación de valores legislativos, inculcada a las multitudes por los pastores de los diversos credos políticos, que ha ido elevándose poco a poco a dogma de fe pública, gracias a la complicidad de los líders de un pseudo sindicalismo. Frente a la crítica sistemática desarrollada con ahinco por la fracción extremista, el estoicismo parlamentarista de «cuando gobiernen los nuestros», ha perdido terreno en el aprecio popular. Sin embargo, el resíduo de un atavismo secular, de origen teológico, basado en la rutina del «nada puede haber sin gobierno», impera todavía en el ánimo de las multitudes. Y si todavía impera en el seno de las masas un criterio rutinario, respecto a la forma de organización social, no es extraño que las mentalidades no compenetradas aun de las profundas teorías del anarquismo, fácilmente cedan paso a las tendencias de gobierno de clase, saliendo del círculo estrecho del «cuando gobiernen los nuestros», para caer en el laberinto de «cuando gobernemos nosotros». Tal es el estado de ánimo que predispone el terreno a la aceptación de la «dictadura del proletariado». Lo que extraña sobremanera son esas grandes capacidades que intentan compendiar la querella de clases en un litigio demagogo, subsanable con el encumbramiento del «proletariado» en el poder directivo de la vida social y económica de las colectividades.

Es un fenómeno mental, imperdonable en determinadas capacidades intelectuales del anarquismo, esas concepciones demagogas fundamentadas sobre el dominio del proletariado, que van creando poco a poco en las filas obreras una nueva escuela de tendencia, que lejos de contribuir a la revolución por medio del afianzamiento de una unidad revolucionaria, subdivide los organismos en distintos sectores que se debaten en luchas intestinas, con provecho exclusivo del actual sistema social.

Si realmente existe en las masas esa tendencia a concebir la dictadura, la misión de los inteléctuales, lejos de estimularla sería la de relegarla al margen de la contienda social. Pues está bastante dilucidado ese punto y los hechos demuestran con clarovidencia, lo pernicioso de la tendencia dictatorialista dentro de la lucha de clases. Ninguno de los defensores de la dictadura podrá jamás demostrarnos que la dictadura del proletariado pueda en realidad ser del proletariado, antes que de una minoría selecta, de esas minorías ávidas de figurativismo, que buscan delinear su personalidad a la cabeza de los nucleos colectivos.

Descontando, todavía, esta parte defectuosa de la dictadura, esperando de la sinceridad de los individuos que actúan al frente de ella, el máximo posible de consecuencia con su misión de representantes proletarios, queda el resultado didascálico, aun más peligroso que la misma dictadura en acción. Trabajando una enseñanza revolucionaria a base de dictadura, todo a lo que se puede llegar con una escuela así, contradictoria con el libre examen, es a una colectividad de dictadores, siempre aptos para acatar el mandato de un nucleo determinado, pero jamás capacitada para la autodeliberación.

He aquí el motivo de nuestra disidencia con la dictadura, sea ella unipersonal, como la de los grandes tiburones que han pasado por el escenario de la política de Estado, o sea ella barnizada de presunta tendencia proletaria.

PEREGRINO JOB.

Chabás.

COLABORACION FEMENINA

Huyamos del matrimonio oficial

El culto a la fuerza bruta, y las ansias de mando y de dominio de que están poseidos los hombres prejuiciosos y ambientistas de esta época, han contribuido a que vieran en nosotras a un ser inferior, de cerebro rudimentario, incapaz de ninguna obra moral e intelectual progresista.

A fuerza de cantarlo y repetirlo en todos los tonos e idiomas, hemos terminado también nosotras por creer y apoyar que, los quehaceres domésticos largos y enojosos a que se nos somete toda la vida bajo un patrón (padre o marido), es el único trabajo a que podemos dedicarnos, de utilidad general.

No ha parado aquí la treta de los hombres. Aduciendo inferioridad (además de la física, ellos la ven en todo: bondad, amor, nobleza, fidelidad, etc, etc.) han dicho que precisábamos un hombre que nos defendiera de los otros y ¡oh sarcasmo! instituyeron el matrimonio, que mejor debería llamarse despojo legalizado de la propiedad y personalidad femeninas, por el que, apoyados en las leyes, se nos roba hasta nuestra voluntad; y nosotras, cándidas palomitas, no sólo hemos aceptado por bueno cuanto nos han dicho con palabras de doble fondo, sino que hasta nos hemos aferrado a él como a única tabla de salvación.

Defendemos el casamiento por el hecho de ser tal, aunque en él vaya por tierra la dignidad de una niña casi impúber, que por egoismo (casi siempre ajeno a su voluntad de soñadora) se da en venta a un viejo más o menos verde que aborrece y detesta y al que queda obligada a satisfacer con complacencia, todos sus caprichos, o de no, exponerse a pasar por una mala mujer.

Combatimos la unión libre basada en el amor, porque le falta el visto bueno oficial de un cagatintas estúpido y burlón; le volvemos la espalda y marcamos con el dedo a la valerosa mujer, (aunque haya sido nuestra compañera y en el fondo la envidiemos), que quizá para vencer terquedades, o por convicción de la inutilidad ceremonial, siguió los impulsos de su corazón uniéndose al hombre que ama y del cual es correspondida, haciendo caso omiso de las chanzas burlonas de los idiotas y malintencionados.

Esto, compañeras, huele a fanatismo y caducidad perjudicial e insostenible; y si ayer, imbuidas de religión creíamos necesarios esos lazos indisolubles, hoy vemos, por el contrario, que a más de innecesarios son inhumanos e injustos. Por ellos la mujer queda relegada a categoría de cosa y obligada a seguir a su dueño donde quiera que a este se le antoje ir; y aunque la apostrofe, maltrate o juegue sucio, ella debe obediencia, sumisión y lealtad; resultando de ello un crimen legalizado que, a pesar del carácter sagrado que le dá la iglesia, es en muchos casos una batahola infernal, donde el amor, la cultura, la libertad, la independencia y la iniciativa, gimen aplastadas por la bota autocrática del despotismo del esposo.

¿No conocéis, amiguitas, esos matrimonios que aparentan felicidad y viven en contínua reyerta? Sí, todas los conocéis, porque existen en gran cantidad, pero quizá algunas ignoréis su vivir trágico, y por eso no se os hace tan odiosa su indisolubilidad. Es necesario haber sido fruto de uno de esos matrimonios en que el marido y padre, con semblante despótico de dueño absoluto, ordena y exige estricto cumplimiento de sus mandatos, aunque mande un imposible; es necesario haber visto constantemente que riñas, insultos y golpes son los presentes con que el marido obsequia a la mujer sus servicios de esclava; es necesario haber recibido a diario, siendo niña, guantadas y puntapies por nimiedades muchas veces imaginarias; es necesario haber contemplado a una madre que llegaría al sacrificio por nosotras, llevar una existencia de martirologio desde que

Centro C. A. "Amor y Justicia"

Este Centro Cultural Anarquista pide a las agrupaciones editoras de periódicos y folletos, el envío de ejemplares para su distribución, pudiendo cuantos necesiten de este material de propaganda, ponerse en contacto o relación con los camaradas del citado Centro. Dirigirse al secretario *Juan Sicurello, calle Córdoba 2586. Rosario de Santa Fe.*

---

la hemos conocido, sin probabilidad de cambio; es necesario saber que sus lágrimas, sus penas y continuos sobresaltos, solo tendrian solución con la ruptura del matrimonio, y no poder aconsejárselo porque se impone a su cumplimiento el *qué dirán* y el desprecio que haría de ella todo el mundo, para comprender lo que es el matrimonio actual.

Es necesario ver, por otra parte, el abandono a que se entregan muchos hombres, amparados en el derecho que la ley les otorga sobre la mujer y la familia, alcoholizándose hasta la degradación, exigiendo dinero para el «drogui», y hasta la prostitución para conseguirlo y que se aplaquen las iras del tirano; sí, es necesario haber presenciado todo esto, que es regla general en los matrimonios pobres, (y no pagarnos de palabras) para comprender que el amor no necesita sanción para ser verdadero.

Las riquezas con que todas hemos soñado en nuestra infancia, cuya posesión esperábamos conseguir por intermedio de un hombre que nos hiciera felices, (nuestra felicidad basada en la riqueza ha sido la perdición femenina), nos han hecho ver con malos ojos todo lo que está fuera del matrimonio.

No es de nosotras la culpa: el ambiente y las costumbres nos ligan al pasado; la educación hipócrita nos atrofia el cerebro para no ver el presente, y la rutina nos oculta el porvenir; por eso el amor, el carácter, la inteligencia, la constancia y libertad, no entran para nada en nuestro programa matrimonial; no tiene valor en él más que el vil y corruptor metal.

En nuestro orgullo de vernos solicitadas, queremos deslumbrar en público, bailes y visitas; y entonces, ¿qué mejor que presentarnos acompañadas de un «chulo sportivo» aparente? Todas hacen igual y... por no ser menos...

Si un joven nos habla con franqueza y respeto, prometiéndonos ser su igual si nos unimos a él, y nos explica la inutilidad de las ceremonias matrimoniales y lo injusto de las leyes de idem, porque entregan a la mujer, atada, a los caprichos del hombre, le hacemos el vacío, lo tomamos por pavo, por chiflado o «pal churrete», entre nuestras amigas, que acaso están deseando que le demos la «galleta», a ver si cae a ellas. Ya veis, pues, que por este camino nunca dejaremos de ser lo que fuimos siempre: objetos de reclamo cuando solteras y bestias de carga cuando casadas, sin voluntad ni nombre y, lo que es peor, sin ningún derecho a ser mejor consideradas.

Los tiempos han cambiado: la mujer debe tener los mismos derechos y deberes que el hombre; y los tendremos si en vez de adorar al pasado lo combatimos y luchamos por el futuro. Hay centros culturales y bibliotecas obreras que debemos frecuentar, no para exhibirnos sino para asimilar los pensamientos de los grandes sabios que encierran sus libros; con ello nos formaremos un concepto de la misión que nos pertenece en la vida y comprenderemos además que es nuestra obligación colaborar con los hombres para la destrucción de esa odiosa institución, cuya existencia es más perjudicial para nosotras que para los hombres mismos.

Solamente cuando sintamos esa necesidad, estaremos en condiciones de luchar por destruirla, pues que solamente entonces sabremos apreciar la libertad sin trabas ni cortapisas, igual para todos los humanos, en todos los órdenes, así económicos como morales e intelectuales.

ESTHER FLORES.

Cipolletti, Septiembre 1922.

¡FIRPO!

Una vez más, ha vencido nuestro compatriota; uno de los brutos con más fuerza—no el más bruto—que tenemos en el país.

Más de treinta mil personas (?) presenciaron el match. Según parece, poco trabajo le costó al argentino, desmayar, machucar las costillas y las mandíbulas al australiano, que con ser tan bestia, tiene la desgracia de tener menos fuerza que la nuestra.

El público cada vez que acertaban un formidable golpe, aplaudía delirante, hasta agotarse; y eran jóvenes, mujeres y niños, casi, los que batían palmas!

Yo pienso con dolor en la hermosa oportunidad, que se me hubiese presentado ayer, si concurría a presenciar el desafío: hacer a nuestro héroe nacional un provechoso obsequio; se lo hubiese arrojado a los pies, como se arroja a un artista una rosa blanca.

Figúrate, compañero, a nuestro coloso, recogiendo con su potente mano un diminuto, un inocente librito de tan pocas páginas y tanta utilidad: una cartilla. Este es el premio que no ha instituído la entidad que patrocinó el acto, pero que yo hubiese propuesto. «Nuestro» héroe necesita aprender a leer. Quien sabe si no sería ésta la base para civilizarse, humanizarse un poco.

Pero, nó; el campeón no aprenderá a leer de corrido. En medio de su inconciencia, algo hay que le dice que si se hace hombre, no tendrá los miles de admiradores, (y de pesos) que hoy tiene. Esa misma juventud que le admira, es la que ayer nomás, dejaba que permaneciera desierta la sala donde disertaba el sabio profesor, llamado del extranjero para dar un ciclo de conferencias; la misma que no está todavía enterada que nuestras cretinas autoridades prohibieran a dos sabios alemanes que huían de su tierra, asqueados y perseguidos, que pusieran pie en esta «tierra hospitalaria», (para los frailes, los políticos y los acaparadores) donde en pago nos darían el fruto de su saber; la misma que se hizo la sorda cuando un grupo de colegas solicitaba «limosna» para el viejo Dr. Coni, que vive sin recursos, con hambre, después de haber sacrificado su vida en holocausto a la ciencia de curar el mal ajeno; la misma que pasa indiferente ante un cuadro de suprema angustia, cual es el de una madre que ve morir a sus pequeños hijos por falta de recursos; ante una muchacha que se prostituye, un obrero que deja hecha jirones sus carne entre los engranajes de una máquina, un hermano que gime encarcelado, una mujer suicida, o una masacre de obreros.

Por ésto nuestro campeón (no lo sabe, no lo comprende, es demasiado salvaje para comprenderlo), no aprenderá a leer de corrido, porque intuitivamente tiene horror al saber. ¡Lástima de vigorosa juventud la de este gran bruto! Si la fuerza que tiene en los puños la tuviera en el cerebro, sería un gran pensador, un loco, un visionario o un filósofo. ¡Belleza! Belleza pura, como quien dice.

Irma C. Penovi Lützelschwab.

Bs. Aires.

La paja y la viga...

Si trabajamos en la obra de difusión de la idea anarquista, nada más justo, creemos, que debamos contar con el más amplio y franco apoyo de los órganos de publicidad de estas mismas ideas, especialmente de aquellos que se dicen intérpretes del colectivo pensar anarquista, pues de faltarnos, tendremos, a la fuerza, que debatirnos en el vacío y renunciar a toda nueva actividad propulsora del rebelde pensamiento, puesto que nadie, o muy escasas personas, habrían de enterarse. Y por lo tanto, si el periodismo anarquista silencia, intencionalmente o no, nuestra labor, es una ofensa gratuita el echarnos en cara—como ha habido quien lo hizo—que pecamos por falta de modestia reclamando un derecho que estimamos nos pertenece—como igualmente pertenece a todos los escritores de la idea—ateniéndonos a lo que debe ser y dice ser la prensa anarquista.

Porque así es, amigo lector: hemos sido convictos de lesa modestia... Existe la prueba escrita del delito, por lo que no tenemos más remedio que confesarnos culpables...

Muy frescamente señalan, como un hecho que los ha sorprendido, que un «escritor de valía» — agradecemos...—como nosotros, proteste porque la prensa anarquista no nos «lleva el apunte», como dicen por ahí. Hacemos, pues, contritos, el *mea culpa*... pero se nos permitirá alegar, para nuestra defensa, que esa protesta, que formulamos en una hoja libre—una hay todavía (la excepción confirmando la regla): hemos nombrads a IDEAS,—la hicimos oir solamente ahora, es decir, después de sufrir calladamente, durante años, los efectos hirientes de ese «boicot» solapado hecho a nuestra obra escrita de propagandistas... y alguna vez habíamos de denunciarlo.

Si tocamos, incidentalmente, el punto,—porque en «De nuestras cosas» nos referíamos también y muy extensamente a otros asuntos, aunque a nuestro desprendido mentor se le antoja que no—fué únicamente debido a que era preciso ilustrar el criterio de los compañeros anarquistas que por primera vez en este país, iban a reunirse en magna asamblea para, precisamente, estudiar y resolver las cuestiones que, entre nosotros, paralizan nuestros esfuerzos. Y vemos que hicimos mal, puesto que estos compañeros anarquistas, evidentemente influenciados por los interesados, nos condenaron sin oirnos: apúntese un poroto nuestro sagaz mentor... Empero, si ha sido excesiva o de «caradura» aquella nuestra pretensión—¡juramos no reincidir, pues es nuestro santo propósito querer regenerarnos para satisfacción de quienes pudieron avergonzarse por nuestra pasada inmodesta actitud!—nunca hemos llegado, nosotros, a aquel lastimoso diapasón de lamentaciones a que otros alcanzaron, al ver exhausto y moribundo al hijo de sus amores, «pechando», consecutiva y muy inmodestamente por cierto, con lacrimosos llamados, pidiendo «teta» para el nacido enclenque. Si nuestra insistencia en señalar una falta de solidaridad en la obra común de propaganda, choca a la moral de nuestro impugnador, ¿qué podrá parecernos, a nosotros, ese otro «sablazo» que hacen, permanentemente, al bolsillo ajeno, para sostener la propia propaganda? Y, sin embargo, a pesar de ser, esto último, a nuestro parecer, mucho más criticable, ¿lo hemos nosotros, objetado alguna vez? Tenemos, en carpeta, cantidad de trabajos que permanecen, en ella, inéditos, por carecer, nosotros, de esa voluntad de «sablear» a los simpatizantes que se manifiesta en otros con tan admirable porfía. Cuando, ahorrando centavos sobre centavos hemos conseguido reunir la cantidad necesaria, sacamos a luz, algunos de estos trabajos, y lo hacemos con el corazón rebosante de alegría, orgullosos de poder ofrendarle nuevo tributo espiritual a nuestro bello ideal anarquista. . sin haber, en nada, molestado al vecino. ¿Cómo es que a tan perspicaz analista de los gestos ajenos, no se le haya dado por comparar ambas actitudes, aparentemente iguales, pero con todo bien diferentes en su esencia? ¡Ah, amigos! cómo vendría bien, aquí, ¿verdad? la siempre regocijante historia de la paja y la viga!...

PIERRE QUIROULE.

La enseñanza en las escuelas oficiales

Casi a diario leemos en «La Protesta», reproducido de otros diarios serios, quejas o solicitudes al gobierno pidiendo la reparación de escuelas (del edificio, se entiende, porque la enseñanza no tiene cura), y la creación de otras nuevas; y lo más curioso es que la mayoría de tales pedidos proceden de provincias donde los maestros sin ocupación se cuentan por varios centenares. No obstante, deben tener razón los peticionantes, si tenemos en cuenta que más del 90 % de sus habitantes son analfabetos; pero esto no lleva trazas de cambiar ni de que el gobierno lo tome en consideración; parece que contrarios al interés que dicen tener por el pueblo, prefieren los gobiernos que los argentinos antes que instruidos seamos alcoholistas y degenerados, para tenernos más sumisos.

Pero ¿es que los argentinos que piden escuelas oficiales para la educación de sus hijos, esperan de las mismas resultados satisfactorios, o lo hacen por desconocer la obra que en ellas se realiza? Creemos mejor que será ésto último; y a fin de ilustrarlos sobre la instrucción que se da en ellas y que puedan apreciar la cultura que sus hijos podrán adquirir en esas mal llamadas escuelas, detallaremos a continuación lo visto por nosotros en diversas localidades de la república.

En Dufaur, F. C. S. (Octubre 1921), estaba la enseñanza a cargo de dos hermanas, hijas de un coronel del ejército, retirado, y residente en Saavedra, a donde iban las hijas todas las tardes en el tren de las 18 horas y volvían al día siguiente en el de las 12.30.

¿Qué tiene que ver todo esto? se preguntará alguien; y verdaderamente nada tendría de particular si para ello no hubieran transferido para la tarde, la clase de 3er grado que daban por la mañana, con el trastorno correspondiente para los educandos que al recibir clase los tres grados en las mismas horas, venían a ocupar como local, una parte de los niños, la cocina, el patio, y el corral. ¿Bancos y mesas con el correspondiente material de enseñanza? ¡Ah! nadie se apure; cuando se trata de ahorrar molestias a las niñas profesoras, cualquiera incomodidad de los alumnos se justifica; cajones, tarros, rodillas, todo se usa de mesa; el banco está más abajo: es el suelo.

Del interés por la enseñanza no se puede pedir nada; hay muchachos de tres años de colegio que no saben poner su nombre, pero saben ¡vaya si saben! cómo se cumple con el deber ciudadano en los comicios.

Esta ceremonia ridícula y estúpida efectuada por los alumnos de ambos sexos en el patio del colegio, produjo entre los espectadores que observábamos desde la calle, el mismo efecta que una fuerte granizada en el cuerpo delicado y fino de una burguesa veraneante. ¿Por qué se malgastaba aquel tiempo precioso en estas vulgaridades tan impropias de los colegios y no se trataba de geografía, historia natural, gramática, etc. etc? (Téngase presente que estos libros son desconocidos en la mayoría de las escuelas rurales). Sabiendo votar, lo demás no se precisa; igual hemos de seguir pobres y para ello no se necesita aprender nada.

La ciencia está excluida de las escuelas en las que solo se enseña a ser autómatas respetuosos de la ley, la propiedad y el Estado; y la prueba de esto la tenemos en que a los hijos del capataz de la cuadrilla firme, se los expulsaron de la escuela, así que la maestra se enteró que le daban lecciones en la casa, que no eran el himno nacional ni el paso doble.

¡Las maestritas! Tenían los novios en Dufaur y como teniendo que ir a Saavedra les faltaba tiempo para el «filo», se valían del cuento de la indisposición para tener libres dos o tres tardes por semana, amén de las que empleaban para llevar los niños a la cancha de pataleo, que aprovechaban sin desperdicio.

***

En estos pagos de Rio Negro creimos encontrar algo de más racional en la enseñanza de los niños; y ¡nada! ¡La misma religiosidad patriarcal reina soberana en todas partes! No es cuestión de pueblos o personas, es la institución ulcerosa, largando pus por cada uno de sus miembros. En C. Cordero vimos, durante una semana, llevar todas las tardes a los niños al *football*, a que se llenasen de polvo y se ejercitasen para que más tarde puedan patear fuerte y seguido, no importa que se partan brazos, cabezas o piernas; este es el mejor signo de patriotismo y progreso a la moda, que despertará la admiración de muchos y la envidia de todos.

En unos días que hubo algunas personas algo enfermas, las maestras también se fingieron tales y dejaron de dar clases durante una semana, que disfrutaron en paseos y jaranas. Y esto lo hacen igual en Neuquén que Allén y en Roca.

En Cipolletti tienen las comodidades más a mano; han hecho una cancha ex profeso junto a la escuela; sin esto el programa educacional estaría incompleto, y gracias a él podemos contarnos internacionalmente en primera fila, lo mismo que nuestros caballos, simbolizados en el difunto «Botafogo». Aquello de «la letra con sangre entra», debe ser sustituido por estotro: «la cultura nacional se caracteriza por la soltura y resistencia del pie, de todos los ciudadanos, honra y gloria de la época».

De la urbanidad de las maestras no hay que hablar; hemos visto salir dos de ellas, de Cipolletti, paseando por la vía del ferrocarril hasta el puente distante tres kilómetros del pueblo (digo pasear, pero más bien parecía que las niñas de 7 a 10 años que iban con ellas, pertenecían a un batallón disciplinario, tal era la marcha forzada que llevaban), sin saludar a ninguna persona de las muchas que encontraron en el camino. Y esto no es patrimonio de estas o aquellas, lo es de todas y en todas partes.

¿Podrá sostenerse aún, después de estas breves reseñas, que los educadores argentinos se interesan por la educación de la joven generación que representará mañana la cultura y progreso nacionales? Más bien parecen una manada de pillos, sin interés ni vocación, al servicio de quien les paga, como cualquier mercenario, pues en Allén hemos visto decirles a los alumnos que Moreno había muerto en la mar yendo a cumplir una misión diplomática, cuando sabemos que iba desterrado por sus mismos compatriotas.

El cuanto al método, estimulador de la aplicación, no puede ser más anticuado y contraproducente: premios a unos y castigos a otros; germen de vanidades y envidias, máxime cuando en la mayoría de los casos, premios y castigos se distribuyen a los

niños por amistad o antipatía hacia los padres.

Los damnificados, que por sí o por indicación de otro, se dan cuenta de esta injusticia, comienzan a ver en sus condiscípulos privilegiados, ladrones del cariño, rivales que los desplazan y atormentan con sus miradas de orgullo o desdén, creyéndose superiores. La actitud de los maestros presentándolos como modelos, contribuye a crear enemistades que en algunos casos se eternizan.

El papel que llena actualmente la enseñanza oficial que se dá en los colegios de primeras letras, es el de preparar la futura carne de cañón, pues no pasan de ser cuarteles infantiles con pocas variaciones.

Para dar pruebas de que aún no hemos evolucionado bastante y que no reparamos en pelos los argentinos, dentro de poco hemos de tener un maestro de *box* en cada colegio, que nos estimule con premios y enseñe a los niños a romperse las caras. De esta manera, se matarán dos pájaros de un solo tiro: acostumbrar a los futuros ciudadanos a los trompis, para que no extrañen los que les den más tarde en el servicio militar, y hacerle a Firpo la justicia que se merece, como producto animal número uno.

Esto es todo lo que hay en las escuelas.

Si verdaderamente amáis a vuestros hijos, ¡oh peticionantes! no pidáis esta clase de escuelas para ellos, pues como acabáis de verlo, allí sólo se les enseña a no ser hombres, para que mañana a la voz de un galoneado, criminal de oficio, hagan uso de un winchester que les pongan en las manos, disparando contra el pueblo, sin preguntar por qué, aunque vosotros estéis en primera fila reclamando la libertad de ellos mismos.

Educadlos mejor en el hogar, lo más racionalmente posible, llevadlos a menudo a los centros y bibliotecas culturales y populares, que aprendan a conocer la vida y a amarla; y mañana serán vuestro amparo y orgullo, porque sabrán que, «la fuerza nunca es mejor empleada que cuando es para combatir la injusticia, en beneficio ajeno». No les erigirán una estatua después, es cierto, porque a ella solo tienen derechos los. . . héroes oficiales, pero tendrán en cambio el aprecio de sus contemporáneos y de las generaciones futuras, componentes de una sola familia.

UN RÚSTICO.

Cipolletti.

Relaciones

Un grupo de compañeros que componen el Centro de Estudios Sociales en el pueblito de Berabevú, se ha dirigido a la Biblioteca «J. B. Alberdi» en demanda de su cooperación para constituir una pequeña biblioteca. He ahí a los hombres que saben luchar: van en busca de los buenos amigos que unidos y bondadosos dan a la juventud el fruto de sus esfuerzos.

Sí, hermanos, leed y haced que vuestros hijos, futuros luchadores, nutran sus cerebros para combatir mañana, esplendentes de luz, a la casta de inmundos mixtificadores que todo lo absorben con avidez vampira.

Los compañeros Mulet, Vazquez, Olsece, Gallegos Gil y Ceferina I. Sanchez han contribuido con varios libros para que la bibliotequita vaya tomando incremento y pueda iluminar a los que se pasan los días en boliches, borrachos, y con el «libro» de cuarenta hojas explotándose mutuamente.

Adelante, pues, camaradas del Centro. Distribuid, difundid nuestras hojitas de propaganda, que alegres y amorosas se desprenden del árbol siempre verde de la Idea, para ir a vuestras fuertes manos de sembradores, cantando renovación.

Salud y adelante, que la marea anárquica ya sube.

Por la Biblioteca «J. B. Alberdi».

JUAN REIGUELO.

Pergamino, 8 Octubre 1922.

Pensamientos y ocurrencias

Nuestra ignorancia.—Si al resbalar la piedra de la altura o al desprenderse de una bóveda, adquiriese, de súbito, conocimiento, talvez creería que su marcha es libre. A adquirir en el acto de desprenderse de la nube, súbita inteligencia la gota de agua, talvez creyera que su caída no es caída, sino camino escogido por su libérrima voluntad; y si cayese sobre un río, al ir al mar continuaría creyendo que sigue siendo libre. No sabe la gota de agua las leyes de la física, como nosotros no sabemos aun todas las naturales.

Impertinencia.—¿Es un crimen el adulterio o lo es el matrimonio?

Partidos políticos.—Con los partidos sucede lo que con la numeración decimal: cuantos más ceros preceden a las unidades, menos valen éstas.

O como con la numeración ordinaria: cuantos más ceros siguen a las unidades, tanto más sube el valor de éstas.

Despertemos.—Dicen que la vida es sueño. Verdad que hay bastantes que sueñan, pero verdad también que hay muchos que sólo duermen.

De la crítica.—La crítica no ha de ser el microscopio que aplicado al rostro de una hermosa, nos mostraría su grosera epidermis. Ha de ser el telescopio que nos hace vislumbrar mundos de luz allí donde los ojos del vulgo solo ven tinieblas.

Indisolubilidad.—Un presidiario es uno de los pocos seres que pueden comprender con cuanta razón llamamos *esposa* a la mujer con quien nos unimos.

Ciertas caras...—Un dato para saber la verdad de la ley de la herencia de los caracteres, podría basarse en el estudio de los apellidos.

Estando muchos de estos apodos fundados en alguna cualidad física o moral del primero a quien se aplicaron, es posible que dicha cualidad se haya perpetuado en sus descendientes.

Más de una vez se me ha ocurrido observando a algunos de mis amigos.

La muerte.—Mirada la muerte desde la salud, espanta, como la entrada de una cueva obscura mirada desde el campo inundado de luz. Pero así como al entrar en la región de la sombra...así al entrar en la enfermedad.

En todo se aprende.—Cuando la enfermedad nos retiene en el lecho, empieza nuestro aprendizaje de ataud.

JOAQUÍN M. BARTRINA.

Ladrones

¡Cuántas veces he visto en mi infancia llevar a hombres atados, con esposas en las muñecas, entre parejas de guardias, por haber robado un pan en una panadería, o un pescado en un mercado, o unos racimos de uvas en la viña de algún conde! Yo, en mi ignorancia, pensaba que esos seres que conducían a la prisión, eran unos malvados. Desgraciadamente, había muchos que pensaban como yo. Mas transcurrieron los años y, por supuesto, llegué a ser hombre también. Luego contraje matrimonio con una joven pobre como yo. De nuestro matrimonio resultaron siete hijos a través de siete años. Para hacer frente a las necesidades de la vida, no contábamos todos, más que con mi trabajo. Y siendo muchos a comer y uno solo a trabajar, resultó que jamás me alcanzaría lo que ganaba, para hartar de pan a mis hijos.

Un día caí enfermo. Mi enfermedad duró dos largos meses. Durante este lapso de tiempo pudimos ir viviendo como de limosna, yo y los míos, limosna de otros pobres como yo, pero que no estaban enfermos y que al hacerme el gran servicio de ayudarme en mi triste miseria, se privaban ellos mismos de lo más necesario.

Por fin me restablecí, y marché enseguida a casa de mi patrón para continuar en mi trabajo, pero me encontré con que este señor me dijo que aunque lo sentía mucho, ya no podía dármelo; que yo lo había abandonado por largo tiempo y que, además, ahora tenía otro que le prestaba el mismo servicio por menos sueldo.

A todo esto, me volví a mi casa, (mía en cuanto pagaba el alquiler). Llegué desesperado, sin saber qué hacer. Con los vecinos no quería contar. Ya se habían sacrificado demasiado por mí, y además yo estaba sano y era más que vergüenza seguir viviendo de limosna. De todos modos, sea como fuere, me siguieron ayudando. Pero por fin dejaron de hacerlo, y yo, sin miras de hallar trabajo. Los hijos continuaban pidiendo pan y todos sufriendo el hambre. ¿Que hacer en tal trance? ¿Mendigar? ¿Un hombre joven y sano, mendigar? ¡El mundo se me venía encima a este pensamiento!... ¡Mejor morir! Mas de inmediato me poseyó otro pensamiento: robar.

Había cerca del pueblo una gran extensión de tierra perteneciente a un señor conde, llena de ovejas y otras especies de ganados. Me dije: si robo una, no lo notarán; será lo mismo que arrancarle un pelo a un conejo. Con eso ahuyentaremos el hambre por unos días y entretanto, quizá consiga trabajo. Pero este pensamiento me desasosegó. Comencé a ver visiones. Ya me contemplaba a mí mismo preso, con las esposas en las muñecas y las gentes mirándome con curiosidad y encono. Sudores fríos cubrían mi frente, haciéndome rechazar mis propósitos.

Así pasé una noche sin dormir, y todo el siguiente día apesadumbrado terriblemente, sin acertar a tomar ningún camino. A medida que me sucedía esto, el hambre acosaba más y más a mis hijos. Yo no podía ya resistir la cantilena de los míos, repitiéndome: pan, papá, tengo mucho hambre...

¡Yo sabía demasiado que tenían hambre! Pensé otra vez: ¿cuál era mi deber? ¿Dejar perecer a todos o robarle una oveja al que tenía tantas? Yo no quería ser ladrón; eran las circunstancias las que me arrastraban al robo; era mi hambre y el hambre de los míos. Pensé también que los que hacían las leyes, eran, sin duda, ricos todos, pues que se habían olvidado de hacer una que favoreciera a los pobres.

Fuí, pues, y robé la oveja. Vino más tarde la policía, y como ya me había supuesto todo lo que me podría pasar, no me causó ninguna sensación su presencia. Recuerdo que cuando me dieron la voz de que me entregase, les rogué que tuviesen paciencia, que esperasen un poco, pues quería salar la carne para que no se echase a perder, y pudieran comer después mis criaturas.

Ante mis palabras respondieron furiosos; parecía que me querían comer, mas yo les insté a que se calmasen, haciéndoles comprender que al fin y al cabo ellos no eran más que dos pobres padres de familia como yo, que mañana o pasado podían encontrarse en mi misma situación, y además—subrayé con decisiva intención,—si quieren esperar, esperen, o de lo contrario, hagan lo que les parezca.

Frente a mis palabras y mi actitud, resolvieron esperar.

Una vez que terminé de preparar la res, dije a mi compañera algunas palabras de aliento, asegurándole que volvería pronto, y me despedí de todos, poniéndome a disposición de los esbirros, los que al momento me colocaron las esposas en las muñecas, llevándome tras ellos.

Fuí llevado ante el juez.

—¿Ha sido usted el que tuvo la audacia de robarle una oveja al señor conde?

No, señor juez, pues la audacia me faltó. Fué la necesidad la que me impulsó a ello, y mi deber de padre para con mis hijos.

—¡Cómo!¿Llama usted al robo cumplir con un deber?

—Sí señor juez; y lo sostengo.

—¡Miserable! ¡Tiene usted para muchos años de cárcel!

—Pregunto al señor juez: ¿hay alguna ley que garanta la vida de los pobres? ¿Sabe el señor juez lo que es ser pobre? Trabajar por unos miserables céntimos, cuando hay trabajo y cuando lo permite el estado de salud; trabajar, si se quiere, todos los días, y a pesar de eso andar semidesnudo y más hambriento que harto; vivir en chozas o cuevas dignas de animales, que no de seres humanos; eso es ser pobre. Imagínese ahora qué es lo que sucede el día que no se trabaja porque no hay dónde; reflexione cuando se cae enfermo y se tienen siete criaturas de uno a nueve años, ¿qué haría el señor juez, puesto en este lugar, con hambre, con niños y sin trabajo? ¿Les cortaría el pescuezo a sus hijos, para que no le pidieran más pan, o los dejaría perecer?

—Pediría limosna.

—¡Ah! no sabe el señor juez cuántos pordioseros hay, inutilizados por el trabajo y para el trabajo, a los cuales está todo el mundo cansado de socorrer parcamente, unos, porque no pueden dar más y otros, los que más tienen, porque no quieren molestarse. Después de esto, póngase el hombre robusto a mendigar, para que se rían de él, para que lo traten de holgazán, para que le griten cuanto quieran gritarle. Además, es muy duro mendigar. La vergüenza...

—Bueno, bueno; basta de discursos. De acuerdo con la ley, tiene usted diez años de cárcel.

—Agradezco mucho al señor juez. Acaba de hacerme comprender que la ley se ha hecho para los pobres; que la han hecho los ricos, que lo tienen todo por usurpación, contra los miserables, que carecen de todo por ignorancia. Y acaba también de quitarme la libertad... de morir de hambre, para condenarme a la bazofia con las cadenas. Ruego nada más que una cosa al señor juez: que condene conmigo a los míos, antes de que fallezcan. Nos habrá hecho a todos un favor, del que le quedaremos constantemente agradecidos. Siempre hay que agradecer las enseñanzas...

UN CAMPESINO.

La Violeta.

De ayer a hoy

En tiempos de los antiguos principados, condados, marquesados, etc, dominaban despóticamente los señores que los usufructuaban, siendo además dueños de vidas y haciendas. Tanto era lo que dominaban, tal era el poderío que poseían, que los pueblos estaban convencidos de pertenecer a tal o cual señor, lo mismo que les pertenecían los animales de caza y de trabajo.

Los plebeyos no tenían derechos de ninguna clase y eran considerados útiles de los señoríos, lo propio que cualquier herramienta. Entonces se creía que los señores eran de origen divino. Por lo consiguiente, cualquier rebelde era considerado un hereje y condenado a las más horribles torturas.

Todo eso sucedía ayer, hace tres siglos apenas. De entonces a hoy, nada o muy poco han cambiado las cosas, si bien se mira. La situación de esclavitud para el trabajador, es idéntica a la de otrora: Trabajemos ocho horas en vez de dieciocho, trabajemos seis o trabajemos dos, no por eso habremos dejado de ser esclavos.

Los señores de otros tiempos, son en efecto los burgueses de ahora; con esta diferencia en contra de nosotros: que antes se cuidaba celosamente al siervo, como se cuida una herramienta o una bestia, y hoy nadie se preocupa del trabajador, por la facilidad que hay de sustituirlo.

Por cualquier lado que se la mire, pues, la cuestión social no estriba en horas más o menos de trabajo, sino en que el productor disfrute de todos los adelantos de que es él el más eficaz colaborador.

Que haya que trabajar cinco o diez horas, no es lo que preocupa. El caso es que trabajen todos y que el trabajo sea de utilidad para todos. Y para esto es preciso suprimir a los explotadores y cuantos parásitos disfruten o aspiren a disfrutar de una o de otra manera, de los esfuerzos de los productores.

El deber, pues, de las minorías conscientes, es el de hacer comprender a la masa, que dentro de la sociedad burguesa no hay sitio para el bienestar de todos; que debe desoir las predicaciones engañosas de cuantos prometiéndole llevarla por el buen camino, no hicieron en realidad más que perpetuar su servilitud; que si en tiempos del feudalismo era llevada al sacrificio en defensa de los intereses del príncipe, del conde o del marqués, en los de ahora es arrastrada al matadero en beneficio de los señores del capital; que si ayer la esclavizaba un tirano de derecho divino, hoy la esclavizan cien o mil de derecho romano, y que, en fin, si antes obedecía a los señores de horca y cuchillo, no los elegía, al menos, como hoy, por medio del sufragio universal, última etapa de la esclavitud, sancionada, para mayor sarcasmo y vergüenza, por los propios esclavizados, para gloria y fortuna de los esclavizadores.

Tal, repito, es el deber de las minorías conscientes.

C. FABEIRO.

ADMINISTRATIVAS

Recibimos las siguientes cantidades:

AVELLANEDA.—S. Lopez 5.00.

BS. AIRES.—S. A. 5.00, M. Alvarez 4.15, B. Gonzalez 2.00, A. Catteva 1.20.

BALCARCE.—F. Casorla 1.00.

CORREA.—M. A. Angueira 1.00.

COLONIA CASTEX.—C. Sola 4 por int. de LA ANTORCHA.

EL PARAISO. —R. Veiga 1.10, A. Vazquez 0.50.

LAS ROSAS.—J. Bliaque 4.00.

LA VIOLETA.—A. Visconde 3.50, P. Marilungo 1.40, C. Gámbaro 1.20, M. Castelló 0.70, F. Rey 0.60.

LA PLATA.—B. Graiver, venta de IDEAS 4.00, F. Vazquez 1.00, A. Giusso 1.00, J. Prince 0.05, J. Bogoni 0.50, R. Marchento 1.00, J. J. Yaquino 1.00.

MENDOZA.—G. Pereyra, A. Gastú, J. Elles e Ilda Fernandez 1.00, J. G. Guirado 4.00 por int. de LA ANTORCHA.

MAR del PLATA.—D. Matarazzo 3.00, por IDEAS y 2 por nuest. folleto.

MIRA PAMPA.—J. Entío 5.00.

NUEVE de JULIO.—C. Ramirez 0.50, P. Buzensky 1.00, A. Castro 1.00, A. Beltran 0.40, Iglesias 0.30, J. Dómine 1.30.

TRES ARROYOS.—L. Fernandez 5.40, F. Lattelaro 1.00.

TRAMANGUEYU.—C. Arnedo 1.

Total de entradas $ 71.80

Salidas.—Impresión de éste número (2.000 ejemplares) $ 85.00. Franqueo $ 9.00. Nuestra contribución al Congreso Regional Anarquista $ 20. Para la lista pro R. Flores Magón y L. Rivera $ 5.00. Total $ 119.00.

Saldo anterior...	$ 155.51
Entradas	» 71.80
Suma	» 227.31
Salidas	» 119.00
Para el número siguiente.	$ 108.31

Para el Comité Pro Presos de La Plata

NUEVE DE JULIO.—A. Castro 1.00, Argondizo 1.00.

LA PLATA.—J. BOGONI 0.50.